

El intercambio de Sexo de Julia y Roberto

Érase una pareja de tortolitos hechos uno para el otro. Eran Roberto y Julia. Se querían locamente y deseaban estar unidos para la eternidad. Tanto se amaban que el único tema que les daba vueltas en mente, era simplemente el propio amor que sentían del uno al otro. Era algo enormemente grande e inexplicable, que se deseasen y lo sintieran tan a pecho, tanto vacío que les llenaba el estar juntos y tanta desesperación sufrían al echar en falta su amor. estaban realmente enamorados.

Una noche entera con luna roja, la brisa cálida del verano que soplaba por las altas hiervas del campo de un monte cercano al pueblo. Iban paseando bajo la luz de las estrellas. Vino de repente una retórica pregunta de la boca de Roberto. - ¿Te gustaría unirme a mi? A mi me gustaría estar en tu cuerpo como los hermanos siameses. - Y entonces en los oídos de Julia sonaron las campanas. - Sí, me encantaría ser tú. Así no podría alejarme de ti ni un centímetro. Y gozaría del sexo de tu cuerpo toda la vida, día y noche. - En ese momento, Julia que caminaba agarrada del brazo de Roberto, le tiró de un lado y le esforzó a agacharse en la hierva del campo. - Conozco a una bruja que sabe hacer magia negra, y puede conseguir cualquier cosa con sus hechizos. Preguntémosle a ella - Al igual que su novia Julia, Roberto se encontraba tan enamorado y medio dormido con el encanto de la luna de miel, que los dos decidieron acudir a donde la bruja al día siguiente.

El martes 13 del Junio del 2006. Ese día Julia le lleva a su amado Roberto, a un local aparentemente cerrado, pero que lo ocupaba una señora mayor. Era una vieja conocida de una tía de Julia. La señora abrió la verja del local. Vestía con trapos coloridos de gitanos, no se le veía ni el pelo, lo llevaba recogido con un velo. Dijo . - Entrar - Y se introdujeron en la garganta de la mismísima oscuridad. En mitad del medio día, con un espléndido sol allí a fuera, y el escalofriante frío de la sombra dentro de aquel local, tan maloliente. Apestaba a azufre, era el sobaco peludo de la señora gitana. - ¿Qué queréis? - Los dos hablaron al mismo tiempo pero desincronizados, estorbando la claridad de la voz así mismos. - Callar. Uno a una. Julia, que queréis saber. - Julia, miró a los ojos de Roberto con total seguridad, y volvió a mirar a la amiga de su tía discrepando, para decirle. - Se nos a ocurrido a los dos. Es sencilla la idea, queremos intercambiar de cuerpo, ¡no-no! Quise decir... Yo quiero ser Roberto un día y Roberto quiere ser yo durante un solo día. Hemos pensado que a lo mejor tú sabrías hacer algo de eso. - La bruja se tocó el lunar de la cara con el dedo índice. Se lo pensó durante un rato mirándolos a los dos. Pasó un ángel. - Vale. He hecho magia budú muchas veces, con un muñeco cosido con mis manos, he controlado los pensamientos de algunas personas, para que me hicieran... bueno. Lo único que puedo hacer, es que vuestra conciencia se intercambie de cuerpo. Pero tiene varias condiciones. - ¿Cuales? - Debéis de distanciaros unos 666 metros, no debéis de hablar por teléfono, ni os debéis de ver juntos durante el hechizo. No debéis de hacer el más mínimo contacto con vuestro verdadero cuerpo. ¿Ok? - ¿Y ya está? - Pregunta sorprendido Roberto. - A caso te esperabas algún espectáculo de magia como en el circo ¿Chico? No, vosotros iros. Yo me preocuparé del intercambio psíquico. A las 8 de la tarde, sentiréis que vuestras mentes se van alejando a otro lugar, empezareis a ver con los ojos de vuestra pareja, y por último dominareis el cuerpo del otro como si del vuestro propio fuese. - Gracias, a dios... - ¡No lo olvidéis! ¡Será a las ocho en punto!

Julia se iba a su casa y Roberto la acompañó. Cuando llegaron a la puerta, hicieron un pacto, no se iban a ver más, al menos debían de aguantar hasta el próximo día.

Roberto la dejó en el portal con tristura, la besó por última vez y fue alejándose de la casa de Julia. Caminaba retrocediendo hacia atrás sin perder de vista a Julia, que se mantenía en la puerta despidiéndose. Saludando – Hasta mañana, ya nos veremos después del intercambio, tranquilo. Bye, ¡chao, Hasta mañana cariño! – Hasta mañana Julia! No te preocupes. ¡Estaremos! – Julia entró en casa y cerró la puerta. Se quedó mirando por el ojo de la puerta. Roberto empezó a correr hacía casa pensando que se debía de preparar y debía de estar guapo para ella (Nunca mejor dicho). Julia fue a darse un baño cuando le perdió de vista.

Casi ya eran las ocho menos cuarto cuando Roberto llegó a casa. Le quedaba poco tiempo para prepararse y ponerse guapo. Entró corriendo en el baño. Comenzó a mear en el retrete y vio la cuchilla de afeitar en el lavamanos. Se echó un montón de gel para afeitarse.

Julia de mientras, ya se había bañado dos veces. Y después de limpiarse los dientes, peinarse el pelo, echarse la colonia y maquillarse totalmente la cara... preparaba el champán con unos puros habanos, encendió un aromatizador, y colocó pétalos de rosas alrededor del baño. Calentó el agua casi hasta hervir, y le echó un chorro de champú para que se llenara de espuma blanca. Se introdujo en el agua ardiente de la bañera, y espero. El calor le hacía entrar en sueño, e iba cerrando los ojos. Vio unas manos en el lavamanos, se dio cuenta que era Roberto. Abrió los ojos. Se asustó, no estaba preparada y le daba miedo. – ¿Qué me va a pasar? Hay mamá... Porqué lo hemos tenido que pedir. Roberto... Roberto – Iban apareciendo las imágenes de Roberto, en la mente de Julia.

Roberto se estaba ya lavando las manos después del afeitado. Iba a coger el jabón, y se le torció la mano de dirección hacia la toalla. Sintió una sensación extraña. Retrocedió la mano de nuevo hacia la pastilla de jabón y su mano izquierda lo cogió antes que la derecha. No era con la que pensaba coger. Miró al reloj para ver la hora. Eran las ocho en punto.

Sintió una ansiedad de golpe, como de un susto y con el pánico no sabía que hacer. Julia entró dentro del cuerpo de Roberto. Ahora Julia era Roberto. Julia sentía un sabor asqueroso en la boca, respiraba muy deprisa pero se lo impedía el mal aliento. Su saliva sabía diferente y le daba mal gusto. Le dio arcadas, la tapa del báter estaba abierta y vomitó en ella.

De mientras Roberto era Julia. Roberto ardía en el baño y se puso de pie. Salió de la bañera. Miró a su alrededor y efectivamente era la casa de Julia. Se asomó al pasillo, y con una voz más aguda de lo habitual, llamó a Julia. – ¿Julia? ¿Estás ahí? – Se dio cuenta de lo estúpido que resultaba esa pregunta. No es que no estuviera en casa, es que Julia era él.

Julia se sentía inspirada, como de alucine. El oído de Roberto era muchísimo más agudo, pero la vista era más borrosa que la de los ojos de Julia. Desde la altura de la cabeza de Roberto, Julia lo veía todo más pequeño. Se centró en el sonido de ambiente de la calle. Escuchaba atentamente a los gatos. Se asombró al darse cuenta que era capaz de distinguir el maullido de un gato macho y las pisadas de uno más joven cuando corría por una acera y tropezaba con una lata de tomate. La inspiración de Julia llegó a tal que le entró el hambre. Se dirigió a la nevera de la cocina, para tomar algo. Abrió la nevera y tan solo había una lata de atún y unas botellas de cerveza. A Julia nunca le gustó la cerveza, porque para ella sabía mal, como a pis. Pero la ansiedad por tomar algo era tal, y viendo que no había nada más, cogió una botella de cerveza y se lo tomó. De nuevo se asombró cuando sintió que el sabor de la cerveza era más agradable. – Debe de ser una cerveza de gran calidad – Pensó. Pero en realidad, era que las pupilas gustativas de Roberto eran menos sensibles que las de Julia.

Roberto se vio desnuda delante del espejo, y se horrorizó. Le dio un poco de vergüenza mirarse las partes íntimas y tener las de una mujer. Se vio la pinta que tenía y como un chico muy tío que lo era, personalmente se dio asco así mismo. Se sentía incómodo con tanto calor y con la piel tan estirada. Como si la tuviera irritada, en carne viva. Quería refrescarse y salió del baño. Cogió el albornoz rosa que colgaba del perchero y se dirigió al salón. Se sentó en el sofá y encendió la televisión. Puso un partido de fútbol que emitían por la sexta. Fijó la vista en el marcador y vio con claridad que jugaban el Mallorca y el Athletic. Se sorprendió al notar que lo veía todo con más fijación. Miro al marcador de nuevo, y sin esforzar la vista pudo leer el 1 – 1 . Debajo había un subtítulo y lo leyó con rapidez. La capacidad de la visión era aún mayor que antes, cuando en su propio cuerpo usaba las gafas.

De mientras Julia se emborrachaba con las botellas de cerveza. Psicológicamente no sabía controlar la cantidad de alcohol que debía de tomar. Al principio no sentía el efecto, pero a la de media hora se dio cuenta que bebió demasiado. Se sentía hinchado, y le creció la tripa. Se vio así misma y se obsesionó con la gordura. No sé sentía cómoda con su cuerpo y fue al baño a asearse sentado en el retrete. Vio que no podía, que no le salía ningún tronco, ni ninguna diarrea. Se sentía con el cuerpo cansado y floja, se miro de nuevo y se enfado. Se dio la vuelta y empezó a devolver. Le dio arcadas y vomitó una y otra vez.

El próximo día, Julia y Roberto despertaron cada cual en su auténtico cuerpo. Los dos quedaron en la cama del hogar de cada cual, con una gran resaca tal, que no podían ni levantar las pestañas de los ojos. Recapacitaron en lo ocurrido la noche anterior. Sentían vergüenza ajena, lo querían borrar de la mente. No quisieron verse, para no tener que hablar de ello. No se quisieron ver las caras, para no llevarse un impacto muy fuerte, que les dañaría la sensibilidad. Los remordimientos hicieron que se sintieran asco uno al otro. Y el conocerse demasiado, tan a fondo, les llevó a romper la relación. Ya no sentían la misma atracción de antes, ni por asomo. Rompieron la relación y no se volvieron a amar jamás.